

EL MERIDIANO

Javier Usoz

Por ella

SE sentó a tu lado en el sofá y recostó la cabeza sobre tu pecho, mientras veáis en la pantalla el enésimo capítulo del esperpento nacional, el producto virtual más adictivo que ha aparecido en el mercado desde el inicio de la crisis económica.

La corrupción sociopolítica y el último órdago independentista se habían convertido en el epicentro alucinógeno de vuestros particulares 'días de vino y rosas'. En esas estabais, abducidos por el docudrama de turno, cuando ella te comentó que le dolían las cervicales y que no encontraba la manera de estar cómoda porque tu torso era «como un cabecero de forja». Estas palabras maravillosas te condujeron a un inesperado éxtasis y, acto seguido, a una profunda convicción sentimental. La mujer capaz de semejante metáfora tenía que ser el amor de tu vida. Para asegurarte de ello, no fuera a ser que a ella se le ocurriera buscar otra almohada más mullida en la que reposar su primorosa cabeza, decidiste tonificar tus músculos levantando pesas, una nueva actividad que exigiría superar tu prejuiciosa aversión al gimnasio y renunciar a una buena parte del tiempo que ella y tú dedicabais a seguir la crónica amarilla del desastre nacional.

Desde luego, no podías hacerlo solo. Por fortuna, tu amada te apoyó y se sumó a la empresa. Transcurridos unos meses, estás convencido de que el esfuerzo está mereciendo la pena. Os ha cambiado la vida. Ahora os relacionáis con gente sana a la que no le quita el sueño ningún desafío independentista de tres al cuarto. Gente bienintencionada que se preocupa de estar en forma, no de lo que los demás hagan con sus impuestos. Y es verdad que todavía añoras los buenos momentos de la vieja adicción, con sus euforias, sus bajonazos y sus resacas. Y también te aflige un poco que los magníficos pectorales que ahora luces no tengan que cumplir el fin acomodador que alentó su vigor, una vez suprimidas aquellas largas veladas que pasabais juntos, sentados frente al televisor. Pero toda esta nostalgia de desvanecerse, solo con ver lo que ha mejorado su dolor en las cervicales, desde que recibe los masajes terapéuticos de ese muchacho tan simpático que trabaja en el gimnasio. Se la ve tan feliz y tan radiante.

jusoz@unizar.es

EL REFLEJO | Artur Mas repite una y otra vez que es el presidente número 129 de la Generalitat, como si ignorase que el puesto se creó para cobrar un impuesto requerido por el rey de Aragón
Por Guillermo Fatás

Más valiera no recordar

EL presidente de la Generalitat catalana blasona de ser el centésimo vigésimo noveno de su lista, mucho más antigua que la Constitución Española de 1978.

La intención de que lo dice está clara, pero no se sabe bien qué clase de argumento es ese. Es como si el rey fuera diciendo que es el quincuagésimo cuarto conde de Barcelona (por ahí debe de andar la cuenta, sin meter a Bonaparte y Amadeo I). Lo único que probaría ese ejercicio es que los presidentes en Cataluña son más efímeros que los condes en Barcelona. Y debería estar claro que ni uno ni otro son relevantes jurídica y políticamente fuera de la Constitución Española de 1978. Esto parece que a Don Felipe se lo enseñaron y a Don Artur, no.

La institución medieval de la Generalidad, en Aragón, Valencia y Cataluña, es de tiempos de Pedro IV y se pensó para que nadie se librara de pagar un impuesto 'general' recién creado. En Cataluña, como en todas partes, hay instituciones políticas muy antiguas, sin que ello sea objeto de veneración o asombro. Así, el conde de Barcelona, Felipe de Borbón y Grecia, viene a sacarle al 'presidente' quinientos años de delantera. El conde, en cuyo beneficio y servicio se creó la Generalitat, era a la vez rey de Aragón y de Valencia, reinos en donde se hizo otro tanto que en Cataluña.

El primer conde de Barcelona

El primer conde conocido de Barcelona se llamó Bera, allá por el año 801, cuando Carlomagno estaba recién coronado emperador. Con el tiempo, le vino bien a un conde trabar matrimonio con la Casa de Aragón. De la boda obtuvo, entre otros muchos y notables beneficios, que sus descendientes fueran reyes. El trato, apalabrado en 1137, se llevó a cabo en 1150. Faltaban siglos para que naciera esa Generalidad cuyo flamante titular hodierno parece no distinguir de la actual, engañado por la identidad de nombres. Es como si en Aragón creyésemos que el actual justicia es el sucesor de los anti-



ISIDRO GIL

«En la Generalitat medieval de la que Artur Mas se considera heredero estarían despavoridos ante su gestión»

guos, que dictaban sentencias inapelables. En la Generalitat medieval, de la que Mas se considera heredero, estarían despavoridos ante una gestión que ha multiplicado la deuda catalana y el rey lo habría fulminado por incapaz.

Desmemoria aragonesa

Admira la repetida mención de la cuenta presidencial, tan del gusto del señor Mas. ¿Se imaginan qué lata, oír al obispo de Zaragoza repetir sin cesar «Soy el número noventa y cuatro de la lista» o hacer cuentas al alcalde de la ciudad, que tendría que empezar la suya más de dos mil años atrás?

Aquí, en Aragón, el exceso es el opuesto. Ni se nos ocurre conmemorar este año los 850 de la muerte del primer rey, Ramiro I, príncipe pamplonés creador factual

del reino aragonés en 1035. Los anales lo dan por muerto el 9 de mayo de 1064. En otras partes se celebran por menos ostentosos milenarios. (Quizá sea preferible la ignorancia a ese aldeanismo).

Y no hubiera sobrado dedicar un gesto a otro hecho relevante, que cumple tres cuartos de milenio. La reina Petronila, quedó viuda del conde barcelonés Ramón Berenguer IV, que se tituló 'príncipe de Aragón' por ser su marido. En junio de 1164, tras haber sido muchos años su fiel guardiana, transfirió a su hijo Alfonso II los derechos sobre el reino. Desde entonces, el de conde de Barcelona es título del rey de Aragón y, por herencia, del rey de España.

Aquel acto formal puso de manifiesto que la Casa de Aragón guardaba su primacía jurídica en el recién creado conjunto de dominios unificados en la dinastía.

Faltaban doscientos años (ciento noventa y cinco, exactamente), para que uno de estos reyes nombrase al primer presidente-recaudador de la Generalidad catalana. Fue un obispo Cruïlles, sujeto aguerrido e inquisitorial, a quien ni se le pasó por las mientes pensar que estaba al frente de un estado o cosa equivalente.

El primer príncipe de Gerona

También ha olvidado Aragón que en 2014 hace seis siglos justos de la coronación en Zaragoza del primer príncipe de Gerona. Este fue título dado por el rey –no por Gerona, ni por Cataluña– a su heredero en la Corona. Cuando, como era preceptivo, Fernando I se coronó en la Seo de Zaragoza, decidió mejorar el título de 'duque' de Gerona y convertirlo en 'príncipe', para que el heredero de Aragón no fuera menos que el de Inglaterra o el de Castilla.

La imponente ceremonia duró cuatro días. Primero, se coronó el rey; y luego hizo otro tanto con su hijo mayor, Alfonso, y con su esposa, la reina Leonor. Alfonso, luego llamado el Magnánimo, fue el primer príncipe de Gerona, coronado y proclamado en Zaragoza, sin que a nadie le pareciera extravagancia, pues no lo era.

Fue en 1414, aunque ya no nos importe recordarlo. Se ve que, en efecto, no lo recuerdan nuestros dirigentes, ni en la Zarzuela, ni en Aragón tampoco. Y si lo recuerdan en la 'Generalitat' –donde tan puntuales cuentan lo que les conviene hasta convertirlo en mantra– y en la propia Gerona, bien que se lo callan.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

Historias de tranvías

SIGO con mucha atención los recuerdos de Lisardo de Felipe en la red. Como a casi todos, el otro día me conmovió la muerte de Sara Cinta Torralba, de 52 años, madre de dos hijos, vapuleada por un tranvía en La Romareda. Es una de esas noticias

espeluznantes que te abren las carnes. Ayer leí que Sara, de Marracos, era vecina y amiga de toda la vida del periodista y que solía cantar un famoso villancico que compiló Gregorio Garcés. Le dice De Felipe: «Con frecuencia, se dice que, lo terrible no es la muerte, sino el morir. ¡Y de qué forma tan trágica y absurda ha sido la tuya!». Ha habido accidentes famosos y absurdos producidos por el tranvía: el 7 de junio de 1926, en la Gran Vía de Barcelona, la víctima fue el arquitecto Antoni Gaudí. La máquina iba a diez por hora y algunos se preguntaron por qué 'el pordiosero' no se apartó del convoy. El 3 de julio de 1939, en Ma-

drid, otro tranvía mató al pintor Juan José Gárate, que había nacido en Albalate del Arzobispo, Teruel, en 1870 y era un maestro del retrato y del paisaje, como contó Alfonso Zapater, y autor del espléndido cuadro 'Vista de Zaragoza en 1908'. La escritora María Rosario de Parada vivió un episodio igual de doloroso: un tren descuartizó en el Coso a uno de sus hijos al regresar de la escuela. En los últimos años de su vida, tras escribir novelas como 'Ermina Borghetti' o 'Entre dos fuegos', lo recordaba con nitidez, con horror y melancolía. En la residencia El Siglo de Oro, conocí a Roberto Mariño, un lucense que vivió en Francia más

de 40 años y que se dedicó a 'las aseguranzas'. Me contó que su esposa, con la que había tenido cuatro hijos (que se encuentran en Colombia, París o Garrapinillos, entre otros lugares), había sufrido un accidente: el coche se le quedó frenado en un paso a nivel, vino el tren y la destrozó. El hombre, de ojos claros y una sonrisa angelical, con problemas para andar, resume así su pena: «Es terrible, pero hay que seguir». A veces, como dijo Lorca, la vida no es buena ni noble ni sagrada. Y entonces los rostros de Pujol, Gallardón y Pedro Sánchez resultan intrascendentes, aunque aparezcan en primera plana.